Confabulaciones. **Revista de Literaturas de la Argentina**
Año 7, N° 13, enero-junio 2025. ISSN 2545-8736

//Dossier// Hernán Pas y Andrea Bocco (coords.)
Gacetas gauchescas y públicos plebeyos (1830-1860)

Las modulaciones de la política en *El Avisador* (1833) de Luis Pérez

María Laura Romano[1]

Recepción: 27 de abril de 2025 // Aprobación: 16 de junio de 2025

Resumen

El artículo analiza el periódico *El Avisador. Diario Político, Literario y Mercantil*, que salió a la luz en Buenos Aires en 1833 y fue redactado por el escritor federal Luis Pérez. Por un lado, da cuenta de la manera en la que Pérez se apropia de la forma del aviso, matriz discursiva propia de la prensa, otorgándole vetas semánticas que le resultaban funcionales a la "guerra de papeles" que, para ese año, se desplegaba en la capital porteña al son del enfrentamiento interno dentro del Partido Federal. Por otro lado, traza relaciones entre las modulaciones que lo político adoptaba en *El Avisador*, en producciones gauchescas del propio Pérez y, centralmente, en poema anónimo "El cielito del blandengue retirado".

Palabras clave: siglo XIX - prensa porteña - género gauchesco - Luis Pérez - federalismo

Abstract

This article analyzes the newspaper *El Avisador. Diario Político, Literario y Mercantil*, published in Buenos Aires in 1833 and edited by the federalist writer Luis Pérez. On the one hand, it describes how Pérez appropriated the form of the advertisement, a discursive matrix characteristic of the press, granting it semantic elements that were functional to the "guerra de papeles" that, by that year, was unfolding in Buenos Aires, to the sound of internal confrontations within the Federal Party. On the other hand, it traces relationships between the modulations of politics adopted in *El Avisador*, in Pérez's own productions "gauchescas", and, centrally, in the anonymous poem "El cielito del blandengue retirado".

Keywords: 19th century - Buenos Aires press - gauchesco genre - Luis Pérez - federalism

---

[1] Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP-CONICET). También integra el Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA). E-mail: goriotlr@hotmail.com

Introducción

En 1833, el año más prolífico de su corta y rutilante carrera en la prensa porteña, Luis Pérez, creador de la figura del paisano gacetero y de la prensa gauchesca, edita y publica un periódico llamado *El Avisador*. *Diario Político, Literario y Mercantil*. A diferencia de las otras hojas que sacaba de manera simultánea (*El Gaucho* / *La Gaucha*, *El Negrito* / *La Negrita*), esta no construía la ficción de una escritura gaucha o negra, sino que era el propio Pérez el que asumía la voz y autoría del papel, hecho que no le hacía perder un ápice del exaltado rosismo y del tono plebeyo que caracterizaron a sus impresos.

El Avisador fue un periódico de vida efímera, del que solo salieron tres números, lo que constituía el común denominador de las hojas que aparecieron en Buenos Aires aquel año, en el que el enfrentamiento interno dentro del Partido Federal generó una expansión inusitada de la prensa de combate que operaba para una u otra parcialidad (González Bernaldo, 2001, pp. 134-135)[2]. Aunque su título no lo deje ver, esta hoja de Pérez entra en serie con los "periódicos inmundos", así llamados por los historiadores de la prensa y por los propios contemporáneos en razón de que ventilaban (o amenazaban con ventilar) la vida privada de los contrincantes políticos. En efecto, siguiendo una lógica de acción-reacción, *El Avisador* salió a la luz con la misión de replicar –cuestión que hacía explícita– a *El Loco Machuca Batatas*, *El Rompe-Cabezas* y *El Látigo Federal*, todas publicaciones que se pueden filiar a la familia de los inmundos[3].

[2] Pilar González Bernaldo indica que, durante la primera mitad del siglo XIX, los "incrementos excepcionales" de la prensa porteña "coinciden con las grandes fechas de la historia política de la provincia" (2001, p. 135). El pico mayor se dio en 1833, con 39 publicaciones, en ocasión de la lucha entre dos sectores del federalismo –los "liberales" o "cismáticos" y los "apostólicos", opositores y partidarios de Rosas respectivamente–enfrentados por la organización constitucional de la provincia y, de manera correlativa, por la conducción del proceso de institucionalización que se abriría en los años subsiguientes.

[3] No existen casi análisis de esta familia de papeles, tal vez porque se trató de publicaciones efímeras cuyos ejemplares han sido poco conservados. Una excepción a la falta de abordajes analíticos la constituye el trabajo de Claudia Roman (2010) sobre prensa satírica rioplatense, en la que incluye a los "periódicos inmundos".

Ahora bien, el nombre que Pérez eligió para su papel parece discordar no solo con los impresos que tenían como blanco la intimidad del enemigo y de su parentela, sino también con los de su propia cosecha. Frente a títulos de intención jocosa, tono pendenciero y amenazante, que funcionaban como anzuelo de un segmento popular del público lector, este papel de Pérez se presentaba en la palestra pública con un nombre que, en principio, se mimetizaba con la sobriedad de la prensa "seria". El despliegue de las materias abordadas que funcionaba como subtítulo (*Diario Político, Literario y Mercantil*) era una identificación generalizada de los periódicos de la época, que no siempre se atenía al contenido que se desarrollaba en sus páginas. Por otra parte, el sintagma central de la rúbrica, *El Avisador*, era común en todo el mundo; su particularidad consistía en expandir a toda la publicación la misión de un solo sector del periódico, esto es, del sector dedicado a los avisos. Buenos Aires contó, en la primera mitad del siglo XIX, con dos publicaciones que aludían a esa zona del impreso periódico: el ignoto *Avisador Universal* (1827) y el más conocido *Diario de los Avisos* (1849-1852).

Pero, más allá de las apariencias, la hoja de Pérez no conformaba un mismo tipo de publicación que las dos últimas mencionadas. Debido a su funcionamiento en un específico ecosistema periodístico, fácil de reconstruir por las referencias explícitas a otras publicaciones, su nombre adquiría distintas vetas semánticas. Una de ellas, quizá la más evidente, reinscribe el papel en la retórica combativa de la prensa de 1833. Es que Pérez se apropia de las formas características (el aviso y el "periódico avisador") de la nueva plataforma de comunicación que, para la época, constituía la prensa adaptándolas a sus fines. En su caso, "avisador" desplaza su sentido de la sección del periódico dedicada a la compra-venta para denotar al agente de la acción de "avisar", verbo que, a su vez, suele usarse como eufemismo de "amenazar". Siguiendo este hilo interpretativo, el nuevo matiz semántico convierte al dispositivo en un canal disuasorio del accionar del bando enemigo, modalidad de lo impreso que Pérez ya había ejercitado –no solo, pero sí centralmente– en la gaceta gauchesca *El Torito de los Muchachos*, de 1830. Esta poderosa connotación no oblitera,

sin embargo, otros matices de sentido que, a la vez que hacen énfasis en el aviso como género propio del ámbito de la prensa, revelan una lógica de composición dual.

En efecto, la publicación de Pérez está a caballo entre las nuevas matrices discursivas que la prensa hacía disponible y las formas literarias tradicionales. Se construye a través del encabalgamiento de textos breves, que miman la sintaxis fragmentaria de los avisos (ofertantes de un cúmulo variopinto de productos y servicios) y que se acumulan a página completa, sin división en columnas, separados unos de otros por una breve línea. Ahora bien, el contenido de algunas de esas piezas revela, además de un uso paródico del intertexto periodístico, un funcionamiento que orilla la forma del tradicional ejemplo, también llamado "caso" o "anécdota". Se trata de la unidad mínima de sentido de la literatura didáctico-moral, que Pérez probablemente haya construido sirviéndose del modelo del padre Castañeda, quien en sus papeles de la década de 1820 había publicado centenares de "Pasajes al caso", de intención censoria y ridiculizante y llenos de alusiones a la complicada coyuntura de esos años.

El uso subvertido de la matriz de los avisos queda dicho de manera implícita en el primer número de *El Avisador* a través del título "Aviso formal", que precede a un pequeño texto informativo sobre la periodicidad del papel y sus costos. Esta indicación, que no casualmente recae sobre el escrito que cierra el número inaugural, establece, por la negativa, un pacto de lectura: si la rúbrica de alerta solo atañe al último texto, que debe ser leído entonces en su sentido "recto", los otros que lo preceden deben ser interpretados de otro modo. Ese "otro modo" de lectura se podría sintetizar a partir de tres vertientes, que serán desplegadas en los siguientes apartados.

Burlas y amenazas: una pedagogía para el enemigo

El primer tipo de lectura que *El Avisador* propugna se enlaza con el uso paródico del aviso, que deja fuera de juego la lectura literal para poner en primer plano el doble

sentido de las palabras, la ironía y la burla sobre el cuerpo del adversario. Este, en el contexto de la guerra de papeles de 1833, muchas veces se confunde con su cuerpo discursivo, esto es, con la publicación de la que el oponente es responsable.

> En la imprenta de los dos *Amigos* se venden burros para parejeros. Los Sres. que se interesen pueden tratar con los Editores del *Látigo*, y se ahorrarán el trabajo de buscarlos en otra parte (1, 3)[4].

En este aviso, publicado en el número 1, el blanco de la chanza es *El Látigo Republicano*, periódico que representaba a la fracción del federalismo opuesta al liderazgo de Rosas, es decir, a los autodenominados federales liberales, llamados por sus oponentes "cismáticos". El anuncio de que en la imprenta donde se imprimía *El Látigo* –Imprenta de los Dos Amigos– se vendían "burros por parejeros" repica en una zona del discurso público de la época que el historiador brasileño Marco Morel (1999) bautizó de "zoología política", repertorio de formulaciones empleadas para animalizar al adversario y descalificarlo en el marco de un sistema de valores que le otorgaba a la razón un lugar de preeminencia. En *El Avisador* y, concretamente, en el aviso transcripto arriba, la temática de lo animal se vincula con la manera en la que Pérez lee la viñeta estampada en el cabezal del papel enemigo. Esta muestra a un cochero con un látigo en la mano que golpea a los caballos que arrastran el carruaje que conduce. Por si el título solo no bastara como indicación, la publicación exhibía también en el cabezal un lema onomatopéyico, que señalaba el elemento visual de la viñeta en el que el lector tenía que hacer foco: "¡CHIZ CHAZ! *Arda Troya*". A contrapelo de estas redundantes indicaciones, el redactor de *El Avisador* saca del foco el látigo y dirige su mirada hacia las bestias del dibujo, con lo que abre la puerta al recurso de la animalización:

> Los Editores del *Latigo* nos han asegurado, que son los que tiran del coche que sirve de emblema á su periódico. Puede ser así; mas nosotros créemos, que hay *caballos* más racionales que ellos (1, 4).

[4] Transcribo los textos de los periódicos respetando la ortografía original. Luego de las citas, coloco la página seguida del número del periódico del que fue extraído el fragmento.

La metáfora animal coloca a las filas del bando contrario en un lugar de inferioridad, lo que justifica –y performa– su condición de dominadas. Pero la venta de "burros para parejeros" irradia también hacia otra zona de sentido, que tiene que ver con la mentira y la estafa. En un burro, bestia maciza y de carga, no hay nada de lo grácil y veloz que se necesita en el caballo "parejero", que es justamente el empleado para las carreras. Entonces, la transacción ofertada por los editores de *El Látigo* es de por sí un fraude como lo es también, *mutatis mutandis*, el discurso que ofrecen en las páginas de su periódico.

Hay otro hilo de sentido que se despliega si se tiene en cuenta la difusa y porosa frontera que mediaba en la época entre palabra y acción física o, dicho de otra manera, entre el ataque simbólico a través de la prensa y el perpetrado con (y contra) los cuerpos reales. Durante las primeras décadas del siglo XIX, el oficio de periodista era un oficio de alto riesgo porque hacer política lo era, sobre todo para las segundas y terceras líneas de las facciones que disputaban el poder, siempre más expuestas a la violencia física por parte de los grupos oponentes. El hecho de que en un aviso de *El Avisador* se indicara a los lectores dónde buscar –y encontrar– a los editores de *El Látigo*, cuya identidad no se revelaba, está en acuerdo con la segunda de las tres vertientes de lectura a las que me referí más arriba: leer los avisos haciendo a un lado el significado literal de las palabras habilitaba, entonces, a leer los "avisos" como "amenazas", a partir de lo cual queda articulado el discurso de intimidación. Respecto de *El Látigo*, en otro texto del n° 1, Pérez escribe: "El Avisador está muy libre de que le alcancen sus latigazos, porque tiene un par de pistolas y gente armada para recibir á los que vayan a su casa mal informados" (1, 2). A los "latigazos" de la viñeta del cabezal del periódico enemigo se hace frente con un "par de pistolas" y "gente armada", que ya no son ilustraciones en una hoja de papel: he ahí una sugerente representación de los rápidos desplazamientos de lo simbólico a lo real a los que invitaba la lectura de la prensa combativa porteña del siglo XIX.

Ahora bien, el poder intimidante de *El Avisador* abreva también de una tercera vertiente ligada a la literatura didáctico-moral. Como ya comenté, algunos de los

breves textos de los tres números que alcanzó la publicación llevan el título de "anécdota" o "ejemplo" o son clasificados por el redactor como "casos". El *exemplum* es una textualidad que subsume hechos particulares del presente del enunciador en el acervo de experiencias ejemplares procedentes de tiempos y lugares recónditos. Este marco formal le permite a Pérez velar los rasgos concretos (datación y nombres propios, sobre todo) de las situaciones del presente inmediato a las que refiere. Así, las historias que se relatan ocurren en épocas y lugares alejados ("En un pueblo de la Grecia, antes de la venida de Jesuchristo al mundo" [1, 1]; "En la Rusia" [1, 3]; "En una de las provincias del Imperio Otomano, tres mil y setecientos años antes del Diluvio universal" [2, 1]) aunque están unidas por una temática en común: la ambición y el ejercicio de poder, el poder despótico y las injusticias de los poderosos, el derecho del pueblo a revelarse contra un gobierno injusto, el escarmiento popular.

Son los poderosos, justamente, los sujetos actantes de estas narraciones. Entre ellos, destaca el personaje del alcalde, que aparece en tres textos distintos. No es difícil ver en esa nominación genérica una alusión al entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Ramón Balcarce, quien, a pesar de sus esfuerzos por mostrar neutralidad en el enfrentamiento entre las fracciones federales, era visto por los apostólicos –así se apellidaban a sí mismos los defensores del liderazgo de Rosas– como favorecedor de las filas contrarias. Leída a la luz del marco estrecho de la coyuntura, la anécdota del primer número de *El Avisador* cuestiona precisamente la viabilidad política de los posicionamientos neutrales:

> En un pueblo de la Grecia, antes de la venida de Jesuchristo al mundo, había un cierto alcalde cuyo nombre no hemos podido saber. Por una extraña fatalidad se dividió el pueblo en dos partidos, y para poderse distinguir, los unos se llamaban *griegos*, y los otros *romanos*. Los *griegos* trataban de locos á los *romanos*, y de locos los *romanos* á los *griegos*. En estas circunstancias llegó un extranjero, y al primero que encontró, le preguntó por un antiguo amigo suyo, y se le contestó, *Sr. está loco*. ¿Y D. Juan? Instó el extranjero. *Está loco*. ¿D. José? *Está loco*. ¿D. Antonio? *Está loco*. ¿D. Pablo? *Está loco*. ¡Válgame Dios! dijo el extranjero. ¿Todos mis amigos están locos? *Si Sr., todos están locos, y hasta yo mismo estoy loco*. Pero hombre ¿como puede ser

> eso? *El como puede ser yo no se lo diré, pero lo cierto es, que todos estamos locos; mas si a Vd. le interesa tanto saber la causa, preguntesela al Alcalde, y él se la dirá, porque es el* UNICO CUERDO *que hay en todo el lugar*. El extranjero se dirigió á casa del alcalde, pero ignoramos la contestación que le dio. (1, 1-2; las cursivas son del original)

La sustracción del alcalde de la condición de loco, su posición equidistante respecto de los dos bandos –los locos romanos y los locos griegos– lo coloca en el lugar imposible del espectador de la lucha política. Subrayo la cualidad impracticable de ese lugar porque, como anota Elías Palti refiriéndose a las condiciones secularizadas en las que se despliega la política moderna, "en materias políticas no se puede ser actor y observador desinteresado al mismo tiempo" (2005, p. 130). El lugar de imparcialidad y equilibrio se articula con una mirada trascendente respecto de la inmanencia de las luchas, una mirada que podría dirimir las cuestiones en pugna de manera absoluta señalando el lugar de la Verdad (por caso, podría determinar cuál de los dos bandos tiene la razón o cuál es la interpretación política correcta). Es esa posibilidad la que desestima *El Avisador* a través de la equívoca cordura del alcalde y de una posición enunciativa en la que la ignorancia prima sobre el saber contenido en la respuesta que el extranjero busca.

La Patria y la política

Entre los breves textos que componen *El Avisador*, hay una pieza que resalta sobre las demás. Se trata del primer texto, que aparece repetido en cada uno de los tres números. Está compuesto por el nombre del periódico en letras mayúsculas, que repiten la rúbrica del cabezal pero con letras capitales en un tamaño menor. En la línea de abajo se lee lo siguiente: "¡Pobre Patria!! Basta de política".

Desconcierto del lector: ¿cómo interpretar esta impugnación de la política cuando los periódicos de Pérez (había publicado cinco entre 1830 y 1832 y sacaba cuatro más de manera simultánea a *El Avisador*) se caracterizaron por intervenir en ese campo sin ocultarlo y por hacerlo no tanto desde la discusión doctrinaria, sino desde un rol militante, que abrazaba la pugna entre facciones y que hacía de la

política una práctica omnipresente a todos los ámbitos de la vida (incluidos los espacios de intimidad)? Esto sin contar con la paradoja generada entre el "Basta de política" y la autoidentificación de *El Avisador* como "diario político". La aparente sustracción de la lógica, que desacomoda al lector en sus expectativas, reside en un modo particular de articular los sentidos de los conceptos involucrados. La política, tal como aparece en el enunciado iterado de *El Avisador*, antagoniza con la patria. En principio, entre estas dos entidades se establece una distinción de estatuto: mientras que "patria" es una noción política, la de uso más masivo durante la primera mitad del siglo XIX, "política" remite a un ámbito del accionar humano. Pero el antagonismo que plantea la frase no se da por esto (o no solo), sino por sostener que la política hace daño a la patria; de ahí la victimización que resulta del uso del adjetivo "pobre".

La patria para el momento era una categoría invocante e invocatoria. Gabriel Di Meglio reconstruye bien estas cualidades ligadas al ejercicio de la voz (a los vítores, las arengas, las proclamas y a la oración más personal): "La patria a la que se consagraban bienes y servicios; la patria que pedía, llamaba; la patria a la que había que defender, servir, salvar, liberar se transformó en el principal principio identitario colectivo después de la revolución", señala Di Meglio (2008, pp. 119-20). Era una categoría de gran poder aglutinador, que servía para apelar a la unión de los habitantes de un mismo territorio porque estaba ubicada en un lugar de trascendencia: su componente político estaba enlazado con lo sagrado. Por el contrario, la política parece denotar en la frase el espacio de las disensiones; es, de manera eminente, el faccionalismo, que tuvo uno de sus mayores momentos de eclosión, justamente, en el año 1833, cuando un sector del federalismo disputó a Rosas y sus seguidores la conducción del Partido y la identidad federal. En la frase de *El Avisador*, la patria y la política se construyen en contrapunto, en un arco recorrido por la tensión entre lo trascendente y lo inmanente, el idealismo y la acción pragmática, la unidad y la desunión.

Al pedir un freno a la política con la insistencia del texto que se repite como un rezo, el papel de Pérez renegaba del enfrentamiento faccioso; claro que el pedido era una impostura, ya que la sola publicación de la hoja insuflaba las discordias, y no lo hacía de manera involuntaria, sino con explícita intención (como dije arriba, el propio nombre "avisador" deslizaba su sentido hacia el universo de la amenaza). Pero este filón de la gaceta de Pérez resulta paradójico solo si se olvida que la política contiene dentro de sí su propia impugnación. En este sentido, lo antes dicho permite revisar el hacer de una poética que tendió a leerse desde su costado más comprometido (o más servil, para usar un término común entre las voces objetoras).

Si pensamos en el proyecto escriturario de Pérez en su pequeña completud, la política rebalsa en cada zona textual en la que clavemos los ojos. No por nada su nombre está asociado a la "gauchipolítica", palabra acuñada por el padre Castañeda en 1821, que fue apropiada por los lectores actuales del género gauchesco para historiografiarlo en una de sus etapas: se llama gauchipolítica a la gauchesca del período faccioso, que se desarrolló entre las décadas de 1830 y 1850 y se caracterizó por comprometer la escritura y las publicaciones con la defensa y promoción de uno u otro de los bandos en pugna.

Pero también podemos plantear que las publicaciones de Pérez tuvieron con la política una relación de cierta sinuosidad. En agosto de 1830, al mes de salir el número inaugural de *El Gaucho*, gaceta fundadora del periodismo gauchesco, el escritor se ve en la necesidad de dar a la prensa otro periódico, *El Torito de los Muchachos*, que también apela a recursos del género, y que absorbe la tarea de publicar textos sobre la coyuntura política, con lo que la gaceta precedente gana mayor libertad para explorar una gauchesca costumbrista y bajar el tono combativo de las composiciones poéticas. En las páginas de *El Gaucho*, entonces, Pérez logra un respiro de la política.

La trama antipolítica de la gauchesca

Un respiro de la política, o mejor, un retiro es lo que exige con contundencia la voz imaginaria que se hace cargo del "Cielito del blandengue retirado", texto marginal del corpus gauchesco, de autoría desconocida, que se publicó como hoja suelta en Montevideo entre 1821 y 1822. Su aparición se enmarca en la etapa "patriótica" del género, la que coincide con la revolución de independencia, pero el cielito se ubica en sus bordes, ya que la voz que canta ya no lo hace para defender la libertad y la patria, conceptos articuladores de los cielitos de Bartolomé Hidalgo, sino desde la desilusión por las promesas incumplidas y desde la rabia por las pérdidas que la guerra ocasionó y que aún podría ocasionar (el blandengue perdió una pierna en una batalla y teme que los políticos puebleros le roben sus cuatro vacas). Desde las dos primeras cuartetas de la composición, el soldado dice "basta" con un modo de apasionada repulsa:

> No me vengan con embrollas
> De Patria ni montonera,
> Que para matarse al ñudo
> Le sobra tiempo á cualquiera.
> Cielito, cielo que sí
> Cielito de Canelones
> Que Patria ni que Carancho
> Han de querer los ladrones.[5]

¿Hay algo del enfático "Basta de política" de *El Avisador* que se inscriba en la línea corrosiva que había inaugurado el blandengue más de diez años antes? La pregunta, sin desconocer el desigual espesor de los textos que examina, busca indagar los resortes a través de los cuales se tramaron, en el seno de una literatura nacida al calor de los acontecimientos revolucionarios (no por nada Rama llama a la gauchesca del primer período "poesía política" a secas), zonas discursivas que rechazaban esos mismos fundamentos. Ciertamente, el periódico que es objeto de análisis no es gauchesco; sin embargo, la marca de autoría, esto es, el nombre de Luis

[5] Cito el poema según la hoja suelta en la que circuló originalmente y que se encuentra digitalizada en la biblioteca digital, sección Primeros impresos (1807-1875), de la Biblioteca Nacional de Uruguay.

Pérez, imanta una serie de elementos que se vinculan con la prensa del género. Por ejemplo, en *El Avisador* hay repetidas menciones a los muchachos, personaje coral que había adquirido un rol titular en la segunda gaceta gauchesca de Pérez (*El Torito de los Muchachos*) marcando un contrapunto con los personajes más individualizados de su elenco gaucho, como Juancho Barriales o la pareja de paisanos Pancho Lugares y Chanonga. Por otro lado, al igual que el cielito del blandengue en relación con la gauchesca patriótica, *El Avisador* se coloca en los márgenes de lo faccioso porque cuestiona, desde la machacona leyenda del comienzo, su centro nutricio: la política. Se trata de un borde sinuoso que no soslaya lo desconcertante de encontrar tal expresión de hartazgo encabezando la publicación de un escritor que fue quien creó uno de los aparatos periodísticos de combate más eficaces del siglo XIX.

Pero más allá de esto, que tiene que ver con el contexto de enunciación, el rechazo de la política se articula de manera dispar en razón del lugar en el que resulta ubicada la Patria, en una operatoria donde, en un caso, se marcan diferencias y, en el otro, igualaciones. El enunciado del periódico de Pérez se abroquela en torno a la voz Patria, cuyo poder de unión no cuestiona; este poder se nutre del carácter sagrado del término, esto es, de su ubicación trascendente en un más allá respecto de las terrenales rencillas partidarias. El uso del adjetivo "pobre" colabora también con la fuerza aglutinadora porque la victimización atrae al seno de lo patrio, mientras que el "basta" funciona a modo de dique discursivo para mantener "a raya" aquello que carcome la unidad.

Por el contrario, el "Cielito del blandengue retirado" no plantea una diferencia entre la patria y la política, sino que iguala una con otra. Los versos encabalgados "No me vengan con embrollas / De Patria ni montonera", presididos por la fuerza negativa del "no", coordinan los dos elementos de los que el soldado cantor reniega subordinándolos al mismo núcleo nominal: la palabra "embrollas". El primer verso, cuando se desplaza hacia abajo por el corte, ilumina la semántica conflictiva de la palabra "patria" y produce una combinatoria de términos, en principio, llamativa. La patria está sometida al mismo régimen de maraña y enredo que la política

montonera. La patria ya no es el espacio de una añorada transparencia y unidad, sino que está al mismo nivel que el rejunte improvisado y sedicioso.

El blandengue cierra la composición con un rechazo fulminante: "Tres patrias hei conocido / No quiero conocer más". El plural sirve para mentar la acumulación de desilusiones y fracasos, con lo que se magnifica la expresión de hastío. Julio Schvartzman considera que el desconcertante plural constituye una "lexicalización plebeya" (2013, p. 124) e hipotetiza que podría ser resultado de una "escucha cimarrona de la invocación de los jefes a la patria" (2013, p. 125); una escucha de las arengas militares desde la inmanencia de los cuerpos convocados a la acción. Lo curioso es que en el poema restan dos mayúsculas en el uso de la palabra en singular. La Patria, que desciende a las embrollas de la montonera, baja un peldaño más hasta la injuria: "que Patria ni que Carancho / Han de querer los ladrones", canta el blandengue en el cierre de la estrofa citada. ¿"Carancho" es un eufemismo de "carajo" (como "pucha" lo es de "puta")? Probablemente. Las letras capitales, tal vez elegidas por el impresor debido a la presión de un contexto que tendía a tratar el término con respetuosa sacralidad, a la vez que desentonan con el uso subvertido, recaen por contigüidad también sobre el vocablo "Carancho". Así, se imprime un aura de respeto sobre aquello que jamás se podría investir de valor sagrado y queda evidenciada la oquedad del concepto central, su vacío formalismo.

A modo de cierre: la política y el destino personal

Luis Pérez forma parte del corpus de la literatura argentina decimonónica por sus producciones gauchescas. Aunque su lugar sea marginal en relación a sus exponentes más descollantes, como José Hernández, Pérez constituye una figura de alta relevancia para la evolución del género gauchesco, ya que, como advirtió y analizó Julio Schvartzman (1996, 2013), fue el inventor del dispositivo de enunciación de la prensa esa especie poética: el gaucho gacetero. En el texto precedente, busqué dar cuenta de algunos de los procedimientos de composición de un periódico poco conocido del escritor federal que, si bien no es gauchesco, abreva de ciertos

elementos de sus ficciones de escritura gaucha, sobre todo de *El Torito de los Muchachos*, con el cual comparte la misma finalidad militante.

Partiendo de la idea de que las distintas declinaciones de la política moderna, tal como se desplegaron en el Río de la Plata (la revolucionaria, la facciosa, la estatal o de construcción del Estado), conforman el fundamento del género gauchesco, examiné las modulaciones concretas que lo político adopta en las textualidades pertenecientes al género o en piezas que lo orillan. El resultado de este examen es un arco que se tensa a partir de dos extremos: de un lado está la absoluta positividad que campea en los textos que Pérez entrega a las prensa para alimentar la "guerra de papeles" orquestada entre las facciones enemigas; del otro lado se encuentra la palmaria negatividad del soldado gaucho que, en el anónimo "Cielito del blandengue retirado", rechaza la patria, devenida en su voz entidad desacralizada con nula fuerza de unión. En esa cuadratura, el leitmotiv de *El Avisador* "¡Pobre Patria!! Basta de política" se ubica como pieza desconcertante, que puede ser leída en calidad de impostura; sin embargo, también ilumina, de manera retrospectiva, ciertas decisiones editoriales que Pérez había tomado en los años previos a 1833, me refiero, centralmente, a la decisión de sacar de forma simultánea, en 1830, dos gacetas gauchescas y cultivar en cada una de ellas una veta distinta del género: en *El Gaucho*, la veta costumbrista, de relativa autonomía respecto de la coyuntura; en *El Torito de los Muchachos*, la veta facciosa, regida por imperativos vinculados a los avatares políticos. Una distribución de tareas provisoria que no oculta la necesidad de establecer un dique contenedor a las demandas de la lucha facciosa, sea por razones literarias o, incluso, por motivos de interés comercial.

Pero, además, el "Basta de política", ¿no funciona como profecía autocumplida en calidad de enunciado convertido en destino personal? En efecto, Pérez desparece misteriosamente de la escena pública en 1834 sin dejar rastros. La desaparición acontece luego de que el escritor confesara aquel año, en una carta de despedida publicada en el número tercero de *El Gaucho Restaurador*, su último papel, sus desilusiones respecto de las pobres recompensas que el Partido Federal le había

otorgado tras haber asumido, como escritor público, "compromisos notorios y de gran magnitud", consiguiendo con sus "oportunas amenazas contener la guerra de dicterios promovida y sostenida con impudencia por los escritores mercenarios" (3). Las palabras plasmadas en la última hoja de Pérez, además de volver evidentes los usos a los que se destinaba un sector de la prensa del siglo XIX y resaltar su eficacia, atestiguan una decepción que, anticipatoria de la sustracción del cuerpo, es cercana al rechazo expresado por el "Cielito del blandengue retirado".

Referencias bibliográficas

Cielito del blandengue retirado. (1823). Biblioteca Nacional de Uruguay. http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/handle/123456789/47354?mode=full

Di Meglio, G. (s. f.). Patria. En N. Goldman (ed.). *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850* (pp. 115-130). Prometeo.

González Bernaldo, P. (2001). *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires (1829-1862)*. Fondo de Cultura Económica.

Palti, E. (2005). *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (un estudio sobre las formas del discurso políticos)*. Fondo de Cultura Económica.

Pérez, L. (1830-1831). *El Gaucho*. Imprenta del Estado.

Pérez, L. (1830). *El Torito de los Muchachos*. Imprenta Republicana.

Pérez, L. (1833). *El Avisador. Diario Político, Literario y Mercantil*. Imprenta de la Independencia.

Pérez, L. (1834). *El Gaucho Restaurador.* Imprenta Republicana.

Roman, C. (2010). *La prensa satírica argentina del siglo XIX: palabras e imágenes* [Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires]. Repositorio Institucional Filo:Digital. http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1613

Schvartzman, J. (1996). Unitarias y federalas en la pasarela gauchipolítica y El gaucho letrado. En *Microcríticas. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*. Biblos.

Schvartzman, J. (2013). *Letras gauchas*. Eterna Cadencia.

Terrada, Carlos (1833). *El Látigo Republicano*. Imprenta de los Dos Amigos.